

LAS GUAITECAS 1956

(Relato que forma parte del libro *Verano Austral*, publicado por Nascimento, en 1979.)

El Kavala¹ se detuvo y descendí con mi hijo Andrés en Melinka en un día dorado. No conocía a nadie y nadie nos conocía. En medio de la rada miraba la orilla. Centenarios cipreses surgían a trechos en la maraña impenetrable del bambú. Altas, las islas se miraban entre sí, atiborradas de helechos, con sus inmensas rocas de cuarzo blanco. Nuestro botero: un niño de doce años, cara ancha, tersa, ojos rasgados, ágil y vivaz, me conquistó de inmediato. Se llamaba Toño.

- ¿dónde alojaremos?
- En casa de la profesora.
- ¿lejos?
- Al lado del muelle- y señaló una casa de madera con sus patas metidas dentro de la playa. Un corredor de contorno le prestaba gracia y seriedad.

Melinka es una calle que ribetea el mar con sus casas grises, hermanas. Una iglesia como cualquiera del archipiélago y un rústico muelle de madera.

Su población la componen hacheros venidos en marcorna desde la isla grande. Pocas familias han afincado raíces en ella.

Afable, la profesora me destinó un dormitorio alegre, soleado, cuyas bordadas colchas cosquillearon mi sensibilidad.

-Me voy a un matrimonio- dijo abandonándome de inmediato.

Sentía la casa sola, el pueblo solo, sola la isla y mi alma. ¡Ay, mi alma! Salí a la calle desierta; ni un perro. Miré en torno y descubrí a Toño, sentado tranquilo tallando una madera con un cortaplumas.

- No asistes al matrimonio- dije, feliz de encontrarlo.
- La esperaba.
- ¿quieres salir en bote?
- Como mande.
- Pero, tú, ¿qué quisieras hacer? –insistí.
- Bueno...yo...- Miró el bote.
- Ni qué decir: salgamos a pescar, mejor.
- ¿no viene a ver a los relegados? Tenemos dos. Uno político y el otro, estafador.
- ¿Dónde vive el político?
- Allá al otro lado. ¿la llevo?- Pretendía mostrármelo como una pieza de curiosidad. Accedí. ¿de quién se trataría?
- Viene de Santiago- agregó Toño informándome.
- ¿Quién es?
- Dirigente de la CUTCH.²

Remó de prisa hacia enfrente de la ría, ató el bote al muelle y caminó en su búsqueda.

- Fue al casorio- gritó Toño.

¹ Kavala: nombre griego del pequeño barco cuyo ventiañero capitán, Demóstenes Kochifas, condujo a la autora a Las Guaitecas.

² CUTCH CentralÚnica de Trabajadores de Chile, antecesora de la actual CUT.

- Vamos a pescar. ¿quieres?, insistí temerosa que en su afán por distraerme me arrastrara al matrimonio.

Navegamos por estrechísimos canales. A veces bajo un túnel de tupido ramaje, otras, a cielo abierto entre una vegetación espesa, enloquecida. El agua límpida hasta el fondo nos mostraba las rosadas y verdes espinas de los erizos, las pusilánimes ostras y gigantescos choros. De la tierra hundida en un intento por sobrevivir brotaban árboles de cuyas ramas colgaba generosa la flor del copihue chilote. Los quetros, con su codiciado plumaje, blanco, volaban dispersos, y la “cututa”, esa gallina perdiz, picoteaba y corría brincando.

Un hachero a lo lejos, cortaba, cortaba.

Tocamos tierra e intenté trepar por una huella la abrupta montaña. A cada paso mis piernas se enterraban hasta las rodillas. Esponjoso el humus te succiona imposibilitándote el avance. La tierra en gestación se defiende. Te tiende mil trampas. El ramaje te atrapa, te enreda, te araña, te astilla, te hiere. Los pies resbalan en el lodo, caen en profundidades insospechadas, en el trasfondo soterrado de la espesura y los gritos de los choroyes en la cima se oyen intensos, llamándote, burlándose de ti.

Tendí derrota en la arena. Toño, más diestro, llegaba con un atado de helechos y copihues. Como viera que yo intentaba en vano despojarme de una astilla incrustada, cogió mi mano, apoyó el filo de su cortaplumas en mi dedo y con los dientes me arrancó la astilla.

- ¿pesquemos?

De bruces en el bote, procedimos con una “fisquia”³ a atrapar ese marisco, cuyas exquisitas lenguas lo convierten en el bocado más codiciado del Pacífico Sur.

- Sólo de espinas rosadas – recomendó Toño-. Porque son los más gordos.

De prisa el sol se alejaba.

Regresamos con nuestro sibarítico cargamento de erizos que por la noche devoramos en la caleta con los pescadores.

Frente al mar, gris, luminoso, alumbrado de claridad oceánica, un hombre corpulento, moreno, cara ancha, mirada franca, se presentó ante mí.

- Mi amigo, el relegado- dijo Toño, muy orgulloso.
- Supe que había pasado por mi casa.
- Toño quería que lo conociera, y yo también.
- Aquí me tienen tonificándome de mariscos para seguir la pelea – observó-. – Mi mujer me preocupa – me dijo de pronto-: casi no recibo noticias de ella. Me sacaron de súbito. Dormía cuando llegó la policía política. Apenas alcancé a vestirme y mi mujer me echó sobre los hombros una frazada, y a l día siguiente me embarcaron.
- ¿Y cómo lo tratan?
- Imposible quejarme. La gente me convida a sus curantos. El chilote se porta como un hombre extraordinario, cariñoso e inteligente. ¿Y a usted, que la ha traído por aquí?

La causalidad – dije. ¿cómo explicarle esa necesidad tremenda de infinito?

Ese deseo irreprímible de caminar, la curiosidad de conocer, hurguetear vidas, unido a un existir lleno, pero monótono. Romper el equilibrio. Oxígeno. Nutrirse. La metrópolis me

³ Fisquia: gancho de fierro con forma de mano que se emplea para recoger erizos.

ahoga con su chismografía pueblerina, me empuja a la evasión. A veces me siento llena de polvo. No tierra, polvo, y esa sensación de sequedad me achata, me vulgariza, me acompleja. Donde el aire existe puro como éter y la belleza impera, sin afán de recuperan fuerzas.

La luna, fría, nos lengüeteaba. Uno de los pescadores sacó una música de boca y púsose a tocar una melodía muy triste.

- Mañana debe pasar el Osorno- dijo el relegado- si el tiempo se mantiene. Permanecí indiferente. Ningún deseo de viajar.
- Iremos a los erizos – propuso Toño.
- Estupendo. Te acompañaremos.
- A lo mejor me dan de alta y me puede embarcar al regreso del Osorno – murmuró el relegado suspirando.

Aún la luna estaba lata y quedaba algún pescador en la playa cuando me retiré al albergue.

Por la mañana, apresado el cielo de toscos grises, remamos hacia el sur. Los moños verdes de las islas, graneaban en los canales. Ni un grito, ni una barca, ni un hombre, sólo el chapotear acompasado de los remos en el agua. El ciprés virgen en la costa montañosa afloraba con una frondosidad devoradora, ningún tráfico marítimo asombraba a los líquenes, ni a los pájaros. Y Nosotros, en un magnífico remanso, de bregues en el bote, contemplando maravillados la gama de marrones en los cargazos, las raíces entrecruzadas de los árboles que intrépidos emergían del mar. Las espinas rosadas de los erizos detectaban como un radar nuestra proximidad peligrosa. Un martín pescador, con su traje de espléndido Pierrot, se acercó a visitarnos y desapareció brincando sin alterarse. En tanto Andrés y Toño repletaban el bote de erizos eligiendo los de espinas rosadas, encontré un nido de plumas espumosas hecho por los quetros.

Roca maciza, restos de cordillera sumergida, cipreses centenarios, hachas asesinas, savia coagulada, humus, cuarzo blanco, verdeazul, azul y verde, escuadrillas de hombres osados que desafiando la inclemencia del humor metereológico, se construyen rústicas casas para vivir y allí perduran cortando postes para viñas o cercos de veinte pesos la estaca de tres por cuatro pulgadas. Cada hombre obtiene dos mil quinientos palos a catorce pesos en cuatro meses. Para luego regresar ¿dónde? A la misma vida monótona de siempre desprovistos de entretenimientos. Nada que atice la imaginación o la cultura.

De regreso a Melinka contemplamos cómo entraba el vapor Osorno. Ayudamos a remar a Toño para vender los erizos. Llené apurada un “chinguillo” y me subí corriendo la escala. En el puente me encontré con mi amigo del Ministerio de Relaciones, quien me banqueteó con ostras antes de embarcar en Ancud, me miró estupefacto al verme en mocasines, chascona y vendiendo erizos.

- ¿Es usted? ¡Me parece increíble! ¿Qué hace en Melinka?
- Le estoy vendiendo erizos a mi amigo.

El embajador buscaba al amigo. Yo seguía vendiendo erizos con premura. Toño me pasaba almudes de erizos que desaparecían al momento. El embajador, encantado de encontrarme, deseaba conversar, indagar... Yo vendía. Piteó el barco y de inmediato se puso en movimiento. Mi hijo me gritó que bajara. Descendí por la escalera donde resbalé con los mocasines mojados lo que me hubiera llevado a un buen chapuzón de no advertir Toño la

caída, y , hábil, colocó el bote de manera tal que me recibió. Apresurados nos alejamos mientras el Ministro me dirigía aspavientos de pesar.

- Esta tarde se celebra una fiesta a beneficio de la Parroquia de Melinka, la invito.

Harta de usar pantalones, me rugía mi feminidad; una falda de paño sobre mis rojos calzones me suscitaría sentirme la Begún. Comencé a arreglarme.

- ¡Si no vas a ir! – me gritaba mi hijo Andrés, de once años, empujándome con violencia hacia la pieza. Apenas se aseguró que yo me movía a metros de la puerta me encerró con llave. Quise salir: grité. Inútil intento: la dueña de casa andaba fuera y mi hijo se marchó a jugar fútbol. Terminé de arreglarme. Unos pasos. Llamé. La dueña de casa me abrió.

En la caleta, en una casad de pinos a medio construir se realizaba la fiesta. A un extremo: un mesón de bebidas: cerveza, vino, naranjada, bilz, mujeres sentadas en bancas, tristes y mudas. En un rincón, los cantores. A nadie conocía, pero le estiré la mano a cuantos pretendieron saludarme. Tanto los hombres como las mujeres me miraban y sonreían, no hablaban y cuando decían algo repetían siempre lo mismo: ¡Viene de Santiago!

Un hombre, moreno, rostro continental, bastante borracho, me sacó a bailar.

- Nosotros, que somos forasteros aquí, vamos a enseñarles a estas gentes como se baila en el norte. Y a cada paso pegaba una fuerte patada en el suelo ayudándose con el codo y el brazo a despejar la pista para que los demás apreciaran en su justo valor tan hermoso baile. Vale decir que ninguna pareja bailaba, salvo otro borracho que lo realizaba solo y embestía a la gente.

- Usted es la alemana del futre del aserradero de la isla del frente.

- No. Está equivocado.

- Si yo sé, ¿para qué lo oculta?, todos aquí lo saben.

Andrés me aguitaba a hurtadillas con otros niños por la ventana abierta, y viéndome en brazos de ese hombre entró en el local y me sacó a empellones.

Suele ocurrirme que en medio de mi azarosa e inquieta vida me asalte la nostalgia de ese viaje realizado a bordo del Kavala a esa lejanas costas que siempre las consideraré mías. A menudo me interrogo ¿cuál ha sido el porvenir de Toño, ese niño, como cientos de descalzos de mi patria? ¿Habrá estudiado? ¿Trabaja en la Patagonia argentina, desterrado, como miles de chilotes desparramados? O ¿permanecerá en Las Guaitecas hachando el ciprés centenario...?
